

BEATRIZ OSÉS

BERTA VOGLER

Volumen 3. La Orden del Dragón

BERTA VOGLER


Volumen 3. La Orden del Dragón

BERTA VOGLER

Volumen 3. La Orden del Dragón

BEATRIZ OSÉS

edebé



© Beatriz Osés García, 2025

© Edición: Edebé, 2025

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Dirección: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

© Ilustración: Iban Barrenetxea

1.ª edición, junio 2025

ISBN: 978-84-683-7579-3

Depósito legal: B. 407-2025

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC Certificado


Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

PEFC/14-38-00352

www.pefc.es

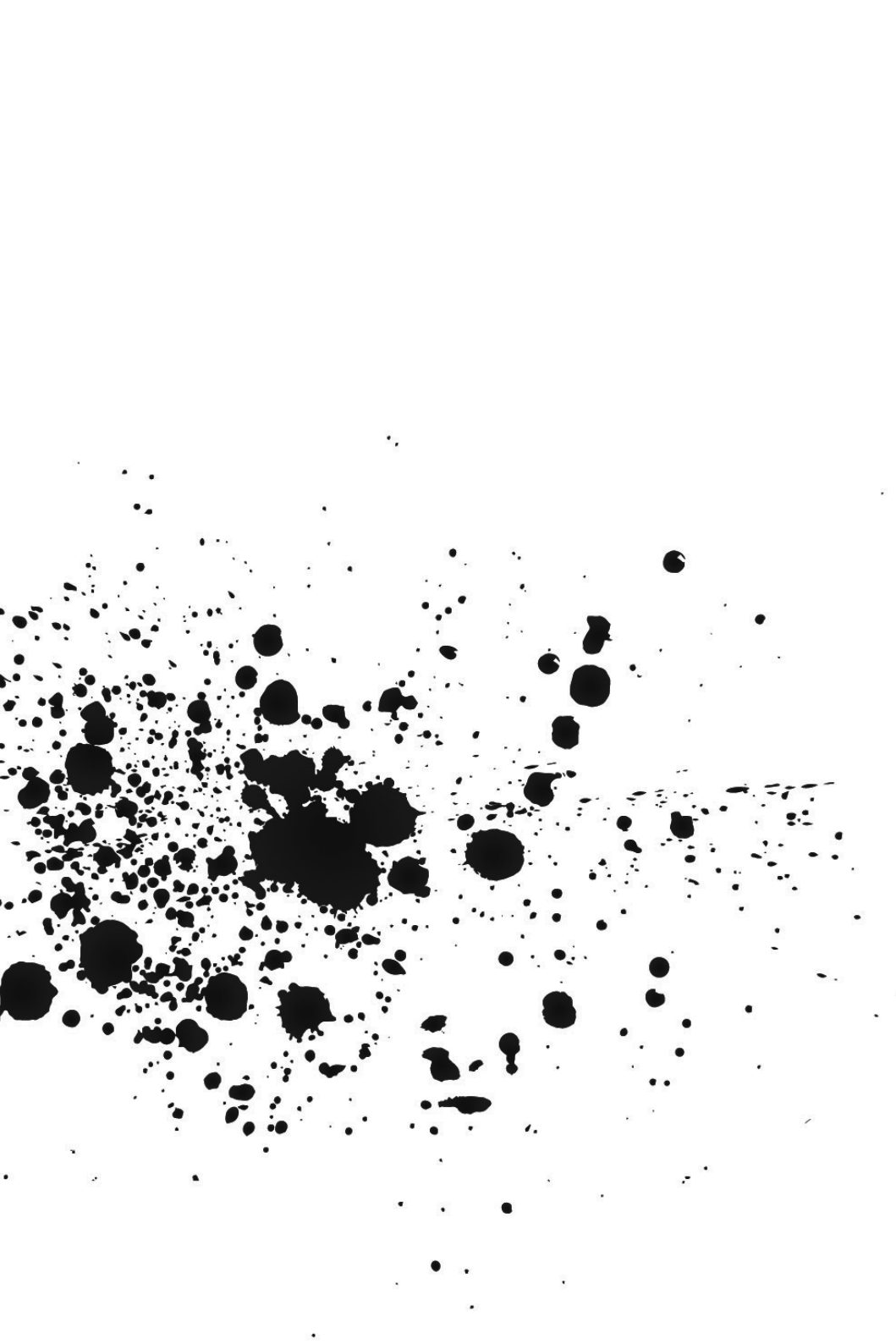
Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



*A mis fans incondicionales
(Berta Vogler).*

A mi padre, por su inestimable ayuda; a Reina, por las risas y la confianza plena; a Mantas y a Héctor, por sus sugerencias; a Iban Barrenetxea, por su amistad y sus geniales portadas.



Sé de las mentiras que Piccolomini cuenta sobre mí. La última, que bebo sangre humana, que soy un monstruo. Me considera una hereje porque soy un espíritu libre. Algunos me llaman la reina negra porque practico la magia y la alquimia, el arte de transformar metales para conseguir oro y plata. En realidad, la envidia les pudre por dentro. No soportan que una mujer se relacione con los hombres más poderosos de Europa de igual a igual. Mis padres me instruyeron en el arte de la diplomacia, hablo varios idiomas y defiendo las nuevas corrientes artísticas.

Desde 1433 soy emperatriz del Sacro Imperio Germánico de Hungría y Bohemia y, desde la infancia, me he preparado para la política y la estrategia militar. Conocí a mi futuro marido a los trece años. Junto a mi esposo, el rey Segismundo de Hungría, he fundado la Orden real del Dragón, he comandado ejércitos y he enviado soldados a la batalla. Todos me retratan como una emperatriz de gran belleza. Mis súbditos me temen y me respetan. No resulta fácil para una mujer detentar el poder y administrar tan vastos territorios. Poseo treinta castillos. Escribo estas líneas en el sótano de la fortaleza de Samobor, donde tengo mi laboratorio, a menos de una jornada de viaje desde Zagreb. Llueve entre las hayas, sobre los tejados del pueblo. El fuego crepita en la chimenea. Estoy sola. Mis criados tienen orden de no molestarme mientras realizo mis experimentos.

Barbara Celjska



Ni pero, ni pera

Me llamo Berta Vogler y, aunque supero los setenta años, mi espíritu se mantiene joven y, por mis condiciones atléticas, no en vano fui subcampeona de esquí de Alemania, me considero una mujer arrolladora. Las condiciones paranormales de mi único nieto me han llevado a investigar múltiples asesinatos. Ahora disfruto de las hermosas vistas de un restaurante de Zagreb ubicado en el barrio de Kaptol. El destino ha querido traerme a la ciudad natal de mi último amante. Bueno, el destino y unos extraños crímenes. El comisario Roth me ha encasquetado la misión de persuadirlo para que abandone por unos días su paraíso neoyorquino. Así que me tocó realizar la llamada de rigor mientras contemplaba las imponentes torres góticas de la catedral de San Esteban.

—¿Erik?

—¡Por Dios, abuela, son las dos de la madrugada!

—El tiempo es una ficción que se ha creado para vender relojes —dije sin pensar.

—Te recuerdo que vivo en Manhattan y que el huso horario es distinto al de Bremen.

—No estoy en Bremen. —Traté de resultar misteriosa y agradecí con un gesto la carta que me entregaba uno de los camareros.

—Pufff.

—¿No sientes curiosidad?

—La verdad es que me importa un pimiento dónde andes. ¿Eres consciente de que estás alterando mis fases de sueño?

—He venido a Zagreb.

—¿Zagreb? ¿Ese no era el que conociste en Copenhague? —replicó sorprendido—. Mira, de verdad, no quiero saber nada de tus aventuras amorosas.

—¿Desde cuándo te cuento yo mis rolletes?

—Pues...

Zasca. Aproveché su desconcierto.

—Después de los crímenes de Drawsko, el comisario Roth nos requiere de nuevo. Por lo visto, en Samobor, una localidad cercana a Zagreb, se ha cometido un doble asesinato y sospechan que las muertes se relacionan con una dama conocida como la reina negra.

—¿Con quién?

—Con Barbara Celjska.

—¿Y?

—Que esa mujer murió en el siglo xv.

—¡Ya empezamos!

—Además, la enterraron en Praga, en la iglesia de San Vito. Sin embargo, su espíritu ya apareció hace tiempo en Samobor en forma de vampira. Eso cuenta una de las leyendas de la zona.

—¡No fastidies! ¿Me despiertas porque unos pavos creen que una reina ha resucitado seis siglos más tarde?

—No, merluzo. Te despierto porque dos hombres han muerto y un tercero ha enloquecido y ha perdido sus ojos.

—¡Por favor, no me seas gore! —protestó—. Intento soñar con Cloé a través de una nueva aplicación del móvil.

—¿Sabes que ella ha tomado un avión desde París sin rechistar? —Me tocaba darle caña donde más le dolía—. ¿No te abochorna tu actitud? Mucho anillo de Tiffany pero luego a la hora de la verdad...

—No dudes de mi amor.

Carraspeó y se puso a recitar de memoria uno de sus últimos haikus. Su acento francés seguía sonando horrible:

—*Cloé, douce rose, // mon amour de Bergerac. // Du vin rouge et doux.*

(Cloé, dulce rosa, // mi amor de Bergerac. // El vino rojo y dulce).

—Un buen tinto, eso es. Le pediré una copa al camarero —dije levantando el dedo índice.

—¡Qué poca sensibilidad! —se quejó el otro con amargura—. Te abro mi corazón, verso a verso, y solo se te ocurre pedir un vino tinto.

—Me aburres, querido. Te voy a colgar. Roth te ha reservado el primer vuelo disponible. Te ha enviado el billete por wasap.

—Mañana tenía cita para un tratamiento exfoliante exclusivo con cristales de cuarzo y láser punta de diamante.

—Por favor, eres un Vogler.

La vergüenza de la familia.

—Había reservado cita desde hace varios meses —se excusó.

—Pues te pones unas rodajas de pepino en el avión y una mascarilla de aguacate. Viajas en primera, así que reclinas el asiento y te relajas.

—Pero, pero...

—Ni pero, ni pera. Quítate ese antifaz de terciopelo y espabila. Tu vuelo sale en menos de cuatro horas. Y no te olvides de tu maletín antivampiros.

—Es que...

—*Ciao, darling.*

Me moría de hambre y no estaba para tonterías. Silencié el móvil para que no me volviera a molestar. Y tomé la copa de exquisito vino entre mis dedos.

